

## Memoria de un maestro: Norberto Bobbio (1909-2004)

Mario G. Losano

Mario G. Losano ha enseñado Teoría general del Derecho en la Facultad de Ciencias Políticas de Milán y es actualmente profesor en la Universidad de Alessandria. Es autor de numerosos libros y ensayos, entre los que cabe destacar *Sistema e struttura nel diritto* (Turín, 1968), *Giuscibernetica* (Turín, 1968), *Corso di informatica giuridica* (Milán, 1971), *Stato e automazione* (Milán, 1974), *I grandi sistemi giuridici* (Turín, 1978), *Forma e realtà in Kelsen* (Milán, 1981), *L'informatica e l'analisi delle procedure giuridiche* (Milán, 1989) y *Storie di automi* (Turín, 1990).

El presente texto corresponde al discurso que pronunció el 9 de febrero de 2004 en la Academia Pernambucana de Letras (Recife, Brasil) con motivo del fallecimiento de Norberto Bobbio (18 octubre de 1909-9 enero de 2004).

Hoy se cumple un mes exacto de la muerte de Norberto Bobbio. No hablaré de su pensamiento ni de su influencia en la vida cultural y política italiana. Prefiero recordarlo, ante mis colegas de la Academia y los amigos que hoy me honran con su presencia, como la persona que ha sido referente durante toda mi vida, que ha marcado mi formación cultural, que siguió toda mi trayectoria académica y profesional y que, precisamente por eso, deja hoy en mí un vacío incommensurable.

Conocí a Bobbio a los diecinueve años, en primero de la Facultad de Derecho de Turín. Asistí a sus seminarios y me licencié en 1961 con una tesis de derecho constitucional en dos volúmenes; el primero fue completado por Bobbio y se publicó en 1969 bajo el título *La teoria di Marx ed Engels sul diritto e sullo Stato*. Con Bobbio me hice en 1971 profesor ayudante, publicando el primer volumen sobre *Sistema e struttura nel diritto*, destinado a convertirse en una obra monumental en tres volúmenes. Posteriormente fui adjunto con Bobbio hasta que éste pasó a la Facultad de Ciencias Políticas, mientras que yo proseguía mi carrera en la Universidad de Milán. Colaboré asimismo con él en la editorial Einaudi de Turín. Nuestros contactos fueron muy estrechos hasta los últimos días del maestro turinés.

En Bobbio el estudio del derecho ha estado siempre fuertemente relacionado con el de la política. Sin embargo, en su vida cultural y académica el interés por los temas más jurídicos que políticos predominó en una primera fase, mientras que en una segunda fase alcanzaron mayor peso los temas más políticos. Este desplazamiento de acentos se tradujo en 1973 en el paso de la Facultad de Derecho a la Facultad de Ciencias Políticas, siempre en Turín. De esta manera, me encontré con él en las aulas universitarias cuando vivía la «primera fase» y se interesaba por el positivismo jurídico y la filosofía analítica del derecho. Por eso me encaminó al estudio de Hans Kelsen. Con un gesto de confianza que todavía hoy me sorprende, en 1959 me confió la traducción de la segunda edición de la *Dottrina pura del diritto*.

Trabajar con Bobbio sobre Kelsen: ¡tratad de imaginar lo que podía significar para un joven estudiante traducir un autor meticuloso como Kelsen bajo la supervisión de un docente riguroso como Bobbio, para el que la claridad de exposición era un imperativo categórico! Esta necesidad de claridad se convirtió para mí, hasta el día de hoy, en una especie de tormento. Y me temo que también para quienes trabajan conmigo.

Cuando empecé aquella traducción era un estudiante de segundo curso de derecho y aquella tarea grandiosa me marcó vitalmente en un doble sentido.

Por un lado me hizo entrar en contacto con la editorial Einaudi, que había de publicar la obra y en la que Bobbio ejercía de asesor muy respetado. Fue también Bobbio quien —cuando acabé la Universidad— me hizo entrar en aquella casa editorial como colaborador. Permanecí hasta 1985. En aquellos años Einaudi era una de las realidades más vivas del mundo cultural italiano. Debo a la curiosidad intelectual de Giulio Einaudi también la

publicación en 1969 de un pequeño libro mío que fundó la informática jurídica en Italia (y que tuvo fortuna asimismo en Brasil; pero esta es otra historia).

Por otro lado aquella traducción hizo de Kelsen y de la filosofía del derecho alemana un tema que había de acompañarme toda la vida. Todavía hace pocos años (en 1998) Bobbio me confió la tarea de recuperar y publicar los manuscritos del debate entre Hans Kelsen y Umberto Campagnolo, que se desarrolló en los años treinta durante su exilio en Suiza. Conseguí llevarla a buen puerto e incluso tuve el placer de poderle hacer entrega, el año 2000, de la traducción publicada en Brasil de aquel volumen: *Direito internacional e Estado soberano (Com un texto inédito de Hans Kelsen e um ensaio de Norberto Bobbio)*.

Basten estos pocos apuntes para documentar una cercanía personal que se ha prolongado durante cuarenta años. Por eso siento hoy el deseo de hablaros de Bobbio como persona, porque con él desaparece un mundo que no sólo es el mío, sino también el de mi generación. Ciertamente, con Bobbio tenía muchos puntos –por decirlo así– «existenciales» en común; puntos en común que hoy ya no encuentro en la generación posterior a la mía. Una generación son treinta años. Treinta años justos me separaban de Bobbio, nacido en 1909; pero el Turín de los años cincuenta –mis años de universidad– no era en el fondo radicalmente distinto del Turín de los años veinte, la época de juventud de Bobbio. En cambio, los treinta años que me separan de mis estudiantes, o sea, los que van de los cincuenta a los ochenta, han dejado la impronta de un cambio tan radical que se ha abierto un abismo «existencial» casi infranqueable entre mí mismo y la generación posterior. A menudo me pregunto qué conseguiré transmitir a esa generación del mundo que ha sido el mío. Bobbio, de su mundo, me transmitió muchas cosas.

¿Qué compartía yo, «existencialmente», con Bobbio? Teníamos en común, por ejemplo, la piamontesidad, entendida como un sentimiento de tener raíces en una tierra bien definida, cosa que no impide, ni de lejos, estar abiertos al mundo. Es un sentimiento de seguridad evocado también por el atormentado Pavese, el escritor amigo de Bobbio y cofundador de la editorial Einaudi, nacido cuatro colinas más allá de donde está enterrado Bobbio y donde nací también yo. Escribía Pavese:

Se quiere a un pueblo, aunque sólo sea por el gusto de irse y dejarlo. Un pueblo quiere decir no estar solos, saber que en la gente, en las plantas, en la tierra hay algo tuyo, algo que aunque no estés se queda ahí y te espera (Pavese, *La luna y las fogatas*).

Este sentido de las raíces y de la continuidad se encuentra también en los nombres de las familias, que perpetuaban en los hijos y nietos los de los abuelos y los tíos: el primer hijo de Bobbio se llama Luigi, como se llamaba su padre. Hoy en aquellas colinas los niños ya no se llaman Evasio o Albina, sino Samantha o Christina (siempre con hache intercalada, por supuesto). Las colinas de las que partían las familias a principios del siglo pasado para Turín o Argentina son también las colinas en las que las familias tienen sus panteones, las colinas a las que se regresa, vivos, para unas breves vacaciones, y muertos para encontrar reposo eterno en la tierra de los padres, junto a los familiares que nos precedieron. Un retorno bajo el signo de la continuidad. Por eso Bobbio quiso que en su lápida estuvieran los nombres de sus padres.

Quisiera leer una página escrita por Norberto Bobbio el 4 de noviembre de 1999, es decir, pocos días después de cumplir noventa años. Contiene indicaciones prácticas, pero es muy reveladora de su mundo personal. La página carece de título, pero muy bien podría titularse, utilizando sus propias palabras: «Como hombre de razón y no de

fe». Esta página deja traslucir dos rasgos típicos del carácter de Bobbio: su relación «dubitativa» con los valores religiosos y la virtud muy piamentosa del *understatement*, del no tomarse demasiado en serio, de no exagerar: *esagerôma nen* era su dicho piamentés preferido.

He cumplido 90 años el 18 de octubre. La muerte debería estar cercana. A decir verdad, la he sentido cercana toda la vida. Jamás pensé, ni remotamente, que viviría tanto tiempo. Me siento cansado, a pesar de las afectuosas atenciones que me rodean, del cuidado de mi mujer y de mis hijos. Me sucede a menudo en la conversación y en las cartas que utilizo la expresión «cansancio mortal». El único remedio para el cansancio «mortal» es el reposo de la muerte. *Requiem aeternam dona eis domine*. En el último y bellissimo coro de la Pasión según San Juan de Bach, el coro, inmediatamente después de la muerte de Cristo, canta: «*Ruhe wohl*» (descansa en paz).

Deseo funerales civiles, de común acuerdo con mi mujer y mis hijos. En una nota del 10 de mayo de 1968 (hace más de 30 años) encuentro escrito: Desearía funerales civiles.

Creo que no me he alejado nunca de la religión de los padres, pero de la Iglesia sí. Me alejé hace ya demasiado tiempo para volver ahora de pronto y a última hora. No me considero ni ateo ni agnóstico. Como hombre de razón y no de fe, sé que estoy inmerso en el misterio que la razón no consigue penetrar hasta el fondo, y que las diversas religiones interpretan de maneras diferentes.

Funerales sencillos, privados, no públicos. Exhorto calurosamente a mis familiares a observar este deseo. He tenido en mi vida, también con ocasión de mis 90 años, reconocimientos públicos, premios, diversas formas de honores, que he aceptado aun a sabiendas que excedían a mis méritos. Con la muerte se compadece más el recogimiento, la conmoción íntima de los más cercanos, el silencio. Una breve ceremonia en casa o, si se da el caso, en el hospital. Ningún discurso. No hay nada más retórico y fastidioso que los discursos fúnebres.

Y luego el traslado a Rivalta para ser enterrado en el panteón de la familia. En la lápida sólo nombre y apellido, fecha de nacimiento y de muerte, seguidos de esta única frase: «Hijo de Luigi y de Rosa Cavigliá». Me complace pensar que en mi lápida mi nombre aparezca junto al de mis padres. Mi padre, que era de Alessandria, fue el primero de los Bobbio de Turín; hizo construir el panteón familiar en el pueblo, que él tanto amó, de su mujer. Mi nombre unido a los de mis padres da, sobre todo, el sentido de la continuidad de las generaciones.

Que la familia comunique la noticia de la muerte pasados los funerales con una esquela en la que se utilicen las palabras sencillas con las que se escriben en general las esquelas de las gentes comunes:

Ha fallecido rodeado por el afecto de sus seres queridos  
Norberto Bobbio  
Profesor emérito de la Universidad de Turín. Senador vitalicio.  
Participamos tan sentida pérdida...

Eso fue todo. Durante una tarde y una mañana, en Turín, el féretro de Bobbio quedó expuesto en el Aula Magna de la Universidad, a la que acudió una fila de turineses que llenaba los soportales del primer piso, las escaleras, el patio y la calle adyacente. Luego, en una fría mañana de enero, unos pocos automóviles partieron hacia las colinas de Alessandria, hacia Rivalta Bormida, el pueblo en el que Bobbio pasaba de niño las vacaciones de verano.

Aquel pueblo había nombrado el 15 de julio de 1995 a Bobbio, a sus ochenta y seis años, ciudadano honorario. Llegó un caluroso día de verano y fue recibido por la banda de música. Dejó a un lado sus acostumbradas notas manuscritas, esas que solía utilizar en sus clases, en conferencias y discursos públicos, y dejó fluir los recuerdos de una

vida intensa que había cubierto el siglo entero. Eran recuerdos personales, empezando por la banda de música que aquel día tocaba en su honor y que él, de niño, oía ensayar no lejos de su casa. La banda que toca para ti: el máximo honor municipal que se puede imaginar. Tal vez recordaréis la película en la que Don Camillo deja su pueblo y emprende viaje en una pequeña estación vacía, pero el alcalde comunista Don Peppone y los conciudadanos comunistas le esperan en la siguiente estación para saludarlo, y están ahí con la banda. En un pueblo la banda de música permite expresar lo que no se consigue decir con un discurso.

Uno de los hijos de Bobbio, Andrea –que es profesor de Informática en la Universidad de Alesandria, donde también enseñó yo; aquel a quien (hace décadas) oía tocar la flauta dulce en la habitación contigua al estudio, cuando iba a visitar a Bobbio– halló aquellas notas manuscritas y las leyó en la misma plaza de Rivalta Bormida donde un día de agosto de nueve años atrás el mismo Bobbio las había leído también, aunque completándolas con comentarios y recuerdos. Andrea Bobbio hizo su lectura, esta vez, como despedida al ciudadano honorario que, en el fondo, sólo se cambiaba de casa: de la enclavada a la entrada del pueblo, a la derecha de la calle principal, al panteón familiar, en el cementerio situado al fondo de esa misma calle.

Vale la pena recorrer aquí aquellas notas para descubrir otra cara del filósofo agudo, del profesor riguroso, del pensador político que supo ser la conciencia de una Italia que salía de la guerra destrozada en lo material y espiritualmente lacerada. Una cara bondadosa, de hombre de las colinas ligado a sus raíces; de un hombre que, aunque evocase su infancia, no dejaba de reafirmar los valores y las opciones que le guiaron a lo largo de una vida muy larga.

Nunca me he considerado un hombre importante. Me considero sobre todo un hombre afortunado. Afortunado por la familia en la que nació. Afortunado por la familia que Valeria y yo hemos formado, más por mérito de mi mujer que mío; por los profesores, amigos y discípulos que he tenido y, por qué no, por este pueblo pacífico y laborioso en el que he pasado una parte tan grande de mi vida. Afortunado porque he superado indemne el curso de la terrible historia del siglo xx. Indemne, cuando tantos han sufrido prisión y tortura. Afortunado también por la edad a la que he llegado, un poco cascado, pero todavía en disposición de disfrutar con la música de la banda de Rivalta.

La señora Valeria era, para nosotros estudiantes y luego amigos, una prolongación de Bobbio; para él era la puerta de acceso al mundo externo, en el que le ayudaba y del que también le protegía. Ella misma me contaba cosas de los tiempos en que eran novios, antes de la guerra. Las dos hermanas Cova debían hacer excursiones a la montaña a instancias de sus novios respectivos, Norberto Bobbio y Roberto Ago, que tal vez alguno recordará como profesor de Derecho Internacional. Eran excursiones pesadísimas, confesaba: caminábamos por la montaña durante horas, mi hermana y yo detrás, mientras que Norberto y Roberto, delante, discutían sobre Kelsen. Se casaron en 1943, las dos hermanas con los dos kelsenólogos. El declive de Bobbio empezó en 2001, cuando la muerte de Valeria le dejó como desorientado frente a un mundo que le gustaba cada vez menos.

Nunca me he tomado demasiado en serio. Uno tiene que mirarse a sí mismo con distanciamiento e ironía. Benedetto Croce, un maestro de nuestra generación, decía muy sabiamente que hay que amar las cosas, no a sí mismo, que cuanto más se aman las cosas tanto más consigue uno distanciarse de sí mismo... Esta vuelta a Rivalta ha abierto camino a los recuerdos de infancia... los recuerdos

de la edad de la inocencia, del comienzo de la gran aventura, del viaje al descubrimiento del mundo, protegido por el calor de los afectos... la familia de mi madre, la Primera Guerra Mundial y la compra de la casa en 1916, la fiesta de Santo Domingo, el juego de pelota, las correrías por las colinas, el río y las excursiones en bicicleta, la Segunda Guerra Mundial, la ocupación alemana y los partisanos, la guerra civil...

Esta es sobre todo la parte del discurso que Bobbio, hablando en la plaza, enriquecería probablemente con recuerdos personales. Son recuerdos que concluyen con una referencia a la guerra y a la lucha partisana, que concluyen con los acontecimientos que, en cambio, abren mis recuerdos de niño de las colinas. Son recuerdos que han marcado también a mi generación y que encuentro asimismo en intelectuales de esas tierras, como Giorgio Bocca y Giampaolo Pansa, y tantos otros. Pero que no encuentro ya en mis alumnos y en mis nietos. Son recuerdos de un mundo que se ha acabado para siempre, pero que nos ha dejado una herencia. Una herencia, sobre todo, en nuestro interior, una certeza, una fuerza a la que recurrir en los momentos duros.

En los textos publicados de aquellas notas de 1995 falta, sin embargo, una frase que he encontrado en otro sitio y que es fundamental porque revela que la tensión moral no decayó nunca en Bobbio, ni siquiera en momentos distendidos y de intimidad como pudo ser aquella jornada de agosto en Rivalta Bormida.

En 1995 se desarrollaba el tenso debate sobre el revisionismo histórico y, en particular, sobre la revalorización de los muertos fascistas y, más en particular, de los muertos de la República de Salò. Aquella república, en realidad, albergaba un gobierno fantoche de Hitler y, con el hundimiento de la Italia mussoliniana, había acogido lo mejor y lo peor de los fascistas: bajo sus banderas había quien moría por una coherencia hasta el final con un ideal derrotado y quien moría porque ya no tenía nada que perder. En 1995, como hoy, se tendía a equiparar a los «muchachos de Salò» y a los partisanos, a los que luchaban por el fascismo y a los que luchaban contra el fascismo. Sin duda, en el plano humano, aquellos hombres muertos a menudo jovencísimos –de uno y otro lado– merecen la misma compasión. Pero en el plano político hay que saber distinguir. Y en aquel discurso de 1995, cuando recordaba la «guerra civil», Bobbio añadió una cosa que no encuentro en los periódicos de hoy: «La Segunda Guerra Mundial, la ocupación alemana y los partisanos, la guerra civil. *Olvidemos, pero no confundamos, quién estuvo de la parte justa y quién de la injusta, aunque quien estuvo en la parte justa hubiese cometido injusticias*» [Esta frase ha desaparecido.] La elección de campo no puede ser cancelada por la compasión ante la muerte. Los muertos son iguales, las ideas por las que murieron no: ¿qué habría sido de Italia, de Europa, del mundo, si en vez de los partisanos hubieran vencido los “muchachos de Salò”?».

[Me ha causado una impresión muy negativa la manera como *La Stampa* –el periódico en el que colaboraba Bobbio– refiere estas palabras en la página de la edición del 13 de enero de 2004, enteramente dedicada a los funerales de Bobbio. Las elimina del texto de las notas de 1995. Las refiere destacadas en la entradilla, pero en el titular a toda página da esta versión distorsionada: «El último mensaje de Bobbio: también los justos se equivocaron». Bobbio había dicho exactamente lo contrario: había dicho que también los justos habían cometido injusticias, pero no por ello su parte era menos justa. Y había pedido que «no confundamos»: en vano.]

Los recuerdos de la infancia regresan luego con fuerza. De aquellas raíces en el pueblo nació una visión cosmopolita. Los recuerdos evocan el tiempo circular del campo, donde

*Se tiende a equiparar a los que lucharon por el fascismo y a los que lucharon contra el fascismo. Pero políticamente hay que saber distinguir.*

se suceden las estaciones, las cosechas, las generaciones; donde toda vida es un ciclo que se abre con los padres y se cierra con los descendientes, que inician a su vez un nuevo ciclo. Y bien, tengo la impresión de que hoy este «tiempo circular», esta sucesión de ciclos –que une la experiencia vital de Bobbio y la mía, la de nosotros los «hombres de las colinas»– se ha interrumpido. Que ha sido sustituido por el tiempo lineal de mis estudiantes posmodernos, sumergidos en un eterno presente.

Para acabar: permitidme algunas consideraciones finales de carácter general. 1. Es bueno mantener las raíces. Pobres de los desarraigados. Raíces se tienen sólo en el pueblo de origen, en la tierra: no en el cemento de la ciudad. 2. Sólo en el pueblo existe el próximo. Tú no puedes amar a todo el mundo, si no es muy en abstracto. Puedes amar sólo al próximo. En una ciudad no hay próximos. 3. En Rivalta jugaba con niños del pueblo que no sabían hablar italiano, que iban descalzos, que vestían una camisola y calzones atados con un cordel. No he sentido nunca diferencia alguna entre nosotros, los señores, y ellos, los campesinos. Aprendí que los hombres son iguales. Son más iguales que diferentes. He aprendido a decir *no* a cualquier forma de racismo, de odio de clan o de raza, la enfermedad que envenena al mundo. He aprendido que si una madre de una tribu africana llora y se desespera por la muerte de su niño, llora del mismo modo que llora una madre italiana o americana.

El final del discurso de 1995 transporta a Bobbio al final de la vida, a aquel pensamiento sobre la muerte que, cuatro años después, evocaría en sus últimas voluntades: la muerte «la he sentido cercana toda la vida».

Volviendo al principio: he aprendido que no hay que darse muchos aires, ni siquiera cuando la banda toca en tu honor. Eres también alguien para el que llegará la hora, como para todos, en la que tocará no la banda, sino la campana.

Sólo las iglesias tienen campanas. Y la campana que ha sonado por Bobbio replantea su complicada relación con la religión. En sus últimas voluntades leíamos estas palabras: «Creo que no me he alejado nunca de la religión de los padres, pero de la Iglesia sí». En 1997 Bobbio se encontró con un viejo colega y amigo, que enseña en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Alessandria, don Maurilio Guasco, quien, entre paréntesis, es un amigo del Brasil, que visita a menudo para participar en los trabajos de la CPT (¿o la conferencia episcopal?). Discutieron sobre el paraíso, en el que evidentemente cree don Guasco. Ante la observación del amigo, «he entendido que a tu juicio el paraíso no existe», el racional Bobbio respondió: «Soy sólo alguien que duda». Por eso don Guasco advierte contra la tentación de hacer de él un «creyente anónimo», de atribuir a Bobbio una religiosidad que no tenía. Incluso la referencia a la «religión de los padres» de sus últimas voluntades debe interpretarse como referencia «a la historia común, tejida por las generaciones de las que formamos parte. Es significativo que quisiera que los nombres del padre y de la madre figuraran en la tumba: consideraba a la familia como inscrita en una historia que a su vez está inmersa en una cultura cristiana. Él, por eso mismo, se sentía partícipe de ella». En otras palabras, «admitía plenamente la posibilidad de buscar respuestas al misterio de la vida y de la muerte a través de las diferentes religiones. Pero para sí mismo había elegido en cambio la razón, la racionalidad». Era, como había escrito él mismo, un «hombre de razón y no de fe», donde por fe hay que entender cualquier credo absoluto, sea religioso, sea político.

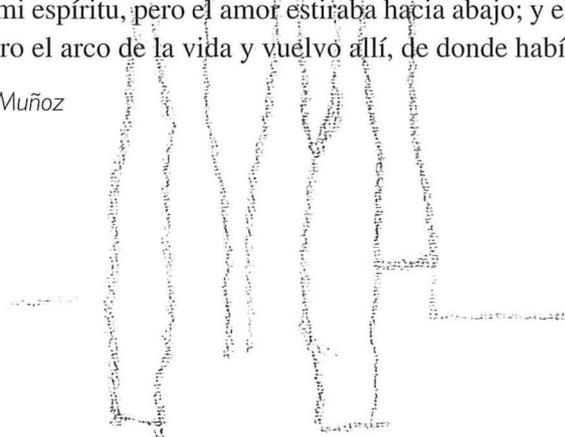
Hasta aquí hemos visto lo mucho que Bobbio valoraba sus raíces piamontesas. Pero ¿cómo reaccionaba el Piamonte –y particularmente Turín– a este afecto tan notorio por su parte? Tengo la impresión de que los turineses, de todos los sectores sociales y de todas las

ideologías, han sentido de manera muy especial la desaparición de Bobbio por dos razones. En primer lugar porque Bobbio, desde las columnas del periódico de la ciudad, *La Stampa*, estuvo siempre presente en el debate político con posiciones racionales y razonables. Era, así, una presencia constante en las casas de todos. En segundo lugar, Bobbio era una de las glorias de Turín. Y en un año, de enero de 2003 a enero de 2004, los turineses habían visto desaparecer tres figuras centrales del siglo apenas finalizado. Había muerto primero Gianni Agnelli, encarnación del espíritu emprendedor piemontés, el rey republicano a la cabeza de una industria que había dado a Turín el orgullo de ser la capital italiana del automóvil, compensándola en parte por el trauma nunca superado de haber perdido la capitalidad (cosa que sucedió en 1861). Había faltado luego Alessandro Galante Garrone, intelectual intachable que pasó de la magistratura a la cátedra de Historia, coetáneo y amigo muy íntimo de Bobbio y que, con Bobbio, fue conciencia crítica de la vida política italiana. También ésta fue para mí una dura pérdida y así le escribí a Celso Lafer desde Recife en noviembre de 2003: «Hoy, hablando con mi madre, he sabido que ha fallecido Alessandro Galante Garrone, un amigo fraterno de Bobbio y uno de mis maestros de los años universitarios. Galante Garrone me abrió las puertas de la entonces mítica revista *Il Ponte*. Teníamos previsto vernos a mi regreso de Brasil. Se va así otra persona de la tríada que, con Bobbio y Treves, guiaron mi juventud» (Recife, 1-11-2003). No imaginaba que, pocas semanas después, la desaparición de mis tres maestros se completaría con la muerte de Bobbio.

Creo que la desaparición de estas tres figuras marca el fin de una época: la de la guerra, la Resistencia y el renacer económico y político. Con ellos se ha ido no solo mi pequeño mundo personal, sino el mundo de una generación. Con ellos se ha cerrado el siglo XX y una época de pasiones políticas incluso violentas, pero de construcción del Estado democrático. El nuevo siglo se ha abierto en un clima de crisis política y moral en la que no se escuchan ya esas voces de la conciencia que, con Bobbio, parecen haberse desvanecido. A Bobbio le preocupaba la nueva realidad política italiana. Habíamos hablado largamente de ello en 1995, cuando me dio el volumen de Carlo Violi con su bibliografía. Puso esta dedicatoria: «Con muchos recuerdos y pocas esperanzas».

Quedarían aún muchas cosas por decir. Pero tal vez sea mejor detenerse en los recuerdos de aquel día de enero, con las colinas desnudas y la nieve en los márgenes de las carreteras. Para el Bobbio «mortalmente cansado» la muerte había venido como una liberación. Aquel último cortejo era como lo hubiese querido él: la familia, los amigos, y su pueblo. Poca gente. El silencio de los campos. Le habrían complacido los versos de Hölderlin, el más filosófico de los poetas, sacados del poema *Lebenslauf* (literalmente, «curso de vida»). «A lo alto propendía mi espíritu, pero el amor estiraba hacia abajo; y el dolor lo inclina con más fuerza. Así recorro el arco de la vida y vuelvo allí, de donde había venido».

■ Traducción de Gustau Muñoz



Malevich:  
*Retrato de la esposa del pintor*  
(1933)

